

otra guisa no lo podía haber; que lo del rey Lisuarte ni del Emperador no lo tenía en mucho, que bien pensaba de les dar harto que hacer; é lo que mas á su ánimo alegría daba, era pensar que sin culpa de su señora esto se facia.

Pues así hablando é folgando como ois, llegaron un día á hora de terciá al gran puerto de la ínsola Firme; é los de la ínsola, que ya por Gandalin sabian el tiempo de su venida, vieron de muy léjos las fustas, é conosciéron, segun las señas, que él era. El alegría fué muy grande en todos ellos, que lo mucho amaban, é acudieron con mucha priesa á la ribera, é con ellos todos los grandes hombres de su linaje é amigos que lo atendian; é cuando Grasinda llegó al puerto é vió tanta gente, y el alegría que en todas partes facian, mucho fué maravillada, é mas cuando oyó decir á todos: «Bien venga el nuestro señor, que tanto tiempo de nos ha sido alongado.» E dijo contra el caballero Griego: «Señor, ¿por qué causa vos hacen estas gentes tanto acatamiento é honra, diciendo: Bien venga nuestro Señor?» El le dijo: «Señora, demándoos perdon porque tan luengamente de vos me encobrí; que no pode menos facer sin gran peligro de mi vergüenza, é así lo he fecho por todas las tierras extrañas que andove, que ninguno mi nombre saber pudo; é agora quiero que sepais que yo soy el Señor desta ínsola, é soy aquel Amadís de Gaula de que algunas veces oíades fablar; é aquellos caballeros que allí védes, son de mi linaje é mis amigos, é las otras gentes mis vasallos, é á duro se fallarian en el mundo otros tantos caballeros que en gran valor se les igualasen.— Si yo, Señor, dijo Grasinda, placer siento en saber vuestro nombre, así mi corazon es triste en no vos haber fecho aquel servicio que hombre tan alto é de tal linaje merecia, é habiéndoos tratado como un pobre caballero andante, siéntome por muy desdichada, é si alguna cosa me consuela, no es al, salvo que la honra que en mi tierra se vos hizo, si alguna fué que vos agradasse, se puede atribuir al valor de vuestra sola persona, sin dar parte ninguna al vuestro grande estado ni alto linaje, ni tampoco á estos caballeros que me tanto loais.» Amadís le dijo: «Señora, no se fable mas en esto, que las honras é mercedes que de vos recibí, fueron tantas é tales y en tal sazón, que conmigo ni con aquellos que allí veis, que mas que yo valen, no las podría pagar.» Entonces se llegaron al puerto donde todos los atendian, é allí era don Gandáles con veinte palafrenes, en que las mujeres subiesen arriba al castillo; mas para Grasinda sacaron de las naos un palafren muy hermoso con guarniciones de oro é plata esmaltados; y ella se vistió de paños ricos á maravilla, y desde el batel donde ella é Amadís venian, echaron tablas muy fuertes fasta el arena, por donde salieron, é á la ribera los atendian Agrájes é don Cuadragante é don Florestan é Gavarte de Val Temeroso, y el bueno de don Dragónis é Orlandin, é Ganjes de Sadoea (1), é Argoman el valiente, é Sardanán, hermano de Angriote de Estravaus, é sus sobrinos Pinores é Sarquiles, Madansil de la Puen-

(1) Parece distinto del que en las páginas 262 y 263 es llamado Gangel de Sadoea, pues aquel se hallaba en la corte del rey Lisuarte, y este era uno de los caballeros de Amadís en la ínsola Firme.

te de la Plata, é otros muchos hombres buenos que las aventuras demandaban, mas de treinta; y Enil el bueno y entendido estaba ya dentro en el batel hablando con Amadís. Ardian el enano é Gandalin con las doncellas de Grasinda.

Entonces tomó Amadís á Grasinda por el brazo, é sacóla del batel hasta la poner en tierra, donde con mucho acatamiento é cortesía de todos aquellos señores fué recibida, é dióla á Agrájes é á Florestan, que en el palafren la posieron. Mucho fueron todos pagados de su gran fermosura é rico atavío; así la llevaron como ois, é á sus dueñas é doncellas á la ínsola, donde en las fermosas casas que Amadís é sus hermanos albergaron cuando fué la ínsola ganada, la hicieron ser, é allí, por le facer mayor fiesta, comieron con ella todos los mas de aquellos caballeros; que don Gandáles lo ficiera tener muy bien aparejado, siendo maestresala Ardian el enano, que de placer no cabia consigo, diciendo muchas cosas con que les facia reír; mas Amadís, en toda esta revuelta, nunca de sí tiró al maestro Elisabat, antes lo tomó por la mano, é mostrándolo á todos, les decia que Dios é aquel le ficieran vivir, é á la mesa lo hizo asentar entre él é don Gavarte de Val Temeroso; pero todos estos placeres é la vista de aquellos caballeros que Amadís tanto amaba, no podian tanto que su corazon no fuese en grande apretura puesto, pensando que los romanos podrían con Oriana pasar por la mar antes que él los encontrase, é no podía sosegar ni haber descanso con otra ninguna cosa, porque en comparacion de aquella que él tanto amaba, todo lo otro le era causa de gran soledad.

Pues habiendo todos con gran placer comido, é levantados los mantejes, Amadís les rogó que ninguno de su lugar se moviese, que les queria fablar, y ellos lo hicieron así. Viendo pues Amadís sosegados á aquellos caballeros que á las mesas estaban, atendiendo lo que él diria, fablóles en esta guisa: «Despues que me no vistis, mis buenos señores, muchas tierras extrañas he andado é grandes aventuras han pasado por mí, que largas serían de contar; pero las que mas me ocuparon, é las que mayores peligros me atrajeron, fué socorrer dueñas é doncellas en muchos tuertos é agravios que les hacian; porque, así como estas nascieron para obedecer con flacos ánimos, é las más fuertes armas suyas sean lágrimas é sospiros, así los de fuertes corazones extremadamente entre las otras cosas las suyas deben tomar, amparándolas, defendiéndolas de aquellos que con poca virtud las maltratan é deshonoran, como los griegos é los romanos en los tiempos antiguos lo hicieron, pasando las mares, destruyendo las tierras, venciendo batallas, matando reyes é de sus reinos los echando, solamente por satisfacer las fuerzas é injurias á ellas fechas, por donde tanta fama é gloria dellos en sus historias ha quedado y quedará en cuanto el mundo durare; pues lo que en nuestros tiempos pasa, ¿quién mejor que vosotros, mis buenos señores, lo sabe, que sois testigos por quien muchas afrentas é peligros por esta causa cada dia pasan? No vos hago tan luenga fabla, poniendo delante los ejemplos antiguos verdaderos, pensando con ellos esforzar vuestros corazones, que ellos son en sí tan fuertes, que si lo que les

sobra por el mundo repartir se pudiese, ningún cobarde en él quedaria; mas porque las buenas hazañas pasadas recordadas en las memorias queden con mayor cuidado, con mayor deseo las presentes se procuran é toman. Pues viniendo al caso, yo he sabido despues que á esta tierra vine, el gran tuerto que el rey Lisuarte á su hija Oriana facer quiere; que siendo ella la legitima sucesora de sus reinos, él, contra todo derecho, desechándola dellos, al emperador de Roma por mujer la envia, y segun me dicen, mucho contra la voluntad de todos sus naturales, é mas della, que con grandes llantos, grandes querellas, á Dios é al mundo reciamando, de tan gran fuerza se querella. Pues si es verdad que este rey Lisuarte, sin temor de Dios ni de las gentes, tal crueza hace, dígovos que en fuerte punto acá nacimos si por nosotros remediada no fuese, pues que dejándola pasar, se pasaban é ponian en olvido los peligros é trabajos que por ganar honra é préz fasta aqui tomado habemos. Agora diga cada uno, si vos ploguiere, su parecer, que el mio ya vos he manifestado.»

Luego respondió Agrájes, por ruego de todos aquellos caballeros, é dijo: «Aunque vuestra presencia, mi señor é buen primo, nuestras fuerzas dobiado haya, é las cosas que antes mucho dudábamos, con ella livianas é de poca sustancia parezcan, nosotros, con poca esperanza de vuestra venida, habiendo sabido esto que el rey Lisuarte facer quiere, determinados éramos al remedio é socorro dello, no dejando tan gran fuerza pasar, antes ó ellos ó nosotros ser pasados de la vida á la muerte; é pues que en la voluntad conformes somos, seámoslo en la obra, é tan presto que aquella gloria que deseamos alcanzar se pueda, sin que por nuestra negligencia se pierda.» Oida por aquellos caballeros la respuesta de Agrájes, todos á una voz, teniéndola por buena, dijeron que el socorro de Oriana se debía hacer, é que se no tardase; que si era verdad que por muchas cosas livianas sus vidas aventuraban, con mas voluntad lo debian facer en esta tan señalada, que perpétua gloria en este mundo les darian. Como Grasinda vió el concierto, abrazando á Amadís, le dijo: «¿Ay Amadís, mi señor! agora parece bien el vuestro gran valor é de los vuestros amigos é parientes, en facer el mejor socorro que nunca caballeros hicieron; que no solamente á esta tan buena señora, mas á todas las dueñas é doncellas del mundo se face, porque los buenos y esforzados caballeros de otras tierras, tomando ejemplo en esto, con mayor cuidado é osadia se pornán en lo que con razon por ellas deben hacer; é los desmesurados é sin virtud, habiendo temor de ser tan duramente constreñidos, refrenarse han de les facer tuertos é agravios; é mi Señor, id con la bendicion de Dios, y él vos guie y enderece; yo os atenderé aquí fasta ver el cabo, é despues faré lo que mandádes.» Amadís gelo gradesció mucho, é dejóla en guarda de Isanjo, el gobernador de la ínsola, que la hiciese servir é le mostrase todas las cosas sabrosas que por la ínsola eran, é ficiese mucha honra al su gran amigo, maestro Elisabat. Mas el maestro le dijo: «Buen señor, si yo en algo vos puedo servir, no es sino en semejantes cosas que estas á que vais; que con las armas, segun mi hábito, excusado me habréis;

así que, por ninguna guisa quedaré; antes quiero ser en socorro vuestro con esto que Dios me dió, si á vos, Señor, ploguiere; que bien sé, segun la gran locura de los romanos é la porfia de vosotros, que seréis de mí bien servidos é ayudados.» Amadís lo abrazó é dijo: «¿Ay maestro, mi verdadero amigo! á Dios plega por la su merced que lo que por mí habeis fecho é faceis de mí vos sea galardonado, y pues vos place de ir, entremos luego en la mar con la ayuda de Dios.» Como la flota aparejada estoviese de todo lo necesario al viaje, é la gente apercebida, á la prima noche, mandando Amadís que todos los caminos se tomasen, porque nuevas algunas dellos no fuesen sabidas, entraron todos en la flota, é sin hacer ruido ni bullicio, comenzaron á navegar contra aquella parte que los romanos habian de acudir, segun el camino que les pertenecia llevar para que en la delantera los hallasen.

CAPITULO XIX.

Como el rey Lisuarte entregó su hija muy contra su gana, é del socorro que Amadís con todos los otros caballeros de la ínsola Firme hicieron á la muy hermosa Oriana.

Como determinado estoviese el rey Lisuarte en entregar á su hija Oriana á los romanos, y el pensamiento tan firme en ello, que ninguna cosa de las que habeis oido le pudo remover; llegado el plazo por él prometido, fabló con ella, tentando muchas maneras para la atraer, que por su voluntad entrase á aquel camino que á él tanto le agradaba, mas por ninguna guisa pudo sus llantos é dolores amansar. Así que, yendo muy sañudo, se apartó della é se fué á la Reina, diciéndole que amansase á su hija, pues que poco le aprovechaba lo que facia; que no se podia excusar aquello que él prometiera. La Reina, que muchas veces con él fablara sobre ello, pensando hallar algún estorbo, é siempre en su propósito le halló, sin le poder ninguna cosa mudar, no quiso decirle otra cosa sino facer su mandado, aunque tanta angustia su corazon sintiese, que mas ser no podia, é mandó á todas las infantas é otras doncellas que con Oriana habian de ir, que luego á las barcas se acogiesen; solamente dejó con ella á Mabilia é Olinda é la doncella de Denamarca, é mandó llevar á las naves todos los paños é atavíos ricos que ella le daba. Mas Oriana cuando vió á su madre é á su hermana fué para ellas, haciendo muy gran duelo, é trabando de la mano á su madre, comenzógela de besar, y ella le dijo: «Buena hija, ruégovos agora que seais alegre en esto que vos el Rey manda; que fio en la merced de Dios que será por vuestro bien, é no querrá desamparar á vos é á mí.» Oriana le dijo: «Señora, yo creo que este apartamiento de vos é de mí será para siempre, porque la mi muerte es muy cerca.» E diciendo esto cayó amortecida, é la Reina otrosí; así que, no sabian de sí parte. Mas el Rey, que luego allí sobrevino, hizo tomar á Oriana así como estaba y que la llevasen á las naos, é Olinda con ella, la cual, fincados los hinojos, le pedia por merced con muchas lágrimas que la dejase ir á casa de su padre é no la mandase ir á Roma; pero él era tan sañudo, que no la quiso oír, é fizola luego llevar tras Oriana, é mandó á Mabilia é á la doncella de Denamarca que asimismo se fuesen

luego. Pues todas recogidas á la mar, é los romanos, como oides, el rey Lisuarte cabalgó é fué al puerto, donde la flota estaba, é allí consolaba á su hija con piedad de padre, mas no de forma que esperanza, le pudiese de ser su propósito mudado; é como vió que esto no tenía tanta fuerza que á su pasión algún descanso diese, hobo en alguna manera piedad; así que, las lágrimas le vinieron á los ojos, é partiéndose della, habló con Salustanquidio é con Brondajel de Roca, y al arzobispo de Talancia, encomendándogela que la guardasen é sirviesen; que de allí gela entregaba, como lo prometiera; é volvióse á su palacio, dejando en las naves los mayores llantos é cuitas en las dueñas é doncellas, cuando ir lo vieron, que escribir ni contar se podrian.

Salustanquidio é Brondajel de Roca, despues que el rey Lisuarte fué dellos partido, viendo ya en su poder á Oriana, é á todas sus doncellas metidas en las naves, acordaron de la poner en una cámara que para ella muy ricamente estaba ataviada é puesta allí, é con ella á Mabilia, que sabian ser esta la doncella del mundo que ella mas amaba. Cerraron la puerta con fuertes candados, é dejaron en la nave á la reina Sardamira con su compañía é otras muchas dueñas é doncellas de las de Oriana. E Salustanquidio, que moria por los amores de Olinda, la hizo llevar á su nave con otra pieza de doncellas, no sin grandes llantos por se ver así apartar de Oriana su señora, la cual oyendo en la cámara donde estaba lo que ellas hacian, é cómo se llegaban á la puerta de la cámara, abrazándola é llamándola á ella que las socorriese, muchas veces se amortecía en los brazos de Mabilia. Pues así todo enderezado, dieron las velas al viento, é movieron su via con gran placer por haber acabado aquello que el Emperador su señor tanto deseaba, é hicieron poner una muy gran seña del Emperador encima del mastel de la nao donde Oriana iba, é todas las otras naves al derredor della, guardándola. E yendo así muy lozanos é alegres, miraron á su diestra é vieron la flota de Amadís, que mucho se les llegaba en la delantera, entrando entre ellos é la tierra donde salir querian; é así era ello, que Agrájes, é don Cuadrágante, é Dragonis, é Listoran de la Torre Blanca pusieron entre sí que antes que Amadís llegase, ellos se envolvesen con los romanos é punasen de socorrer á Oriana, é por eso se metian entre su flota é la tierra; mas don Florestan y el bueno de don Gavarte de Val Temeroso, é Orlandin é Imosil de Borgoña otrosí, habian puesto con sus amigos y vasallos de ser los primeros en el socorro, é iban á mas andar metidos entre la flota de los romanos é la nave de Agrájes; é Amadís con sus naves, muy acompañadas de gentes, así de sus amigos como de los de la insola Firme, venia á mas andar, porque el primero que el socorro hiciese fué él. Dígovos de los romanos, que cuando la flota de lueño vieron pensaron que alguna gente de paz sería, que por la de un cabo á otro pasaban; mas viendo que en tres partes se partian, é que las dos les tomaban la delantera á la parte de la tierra, é la otra los seguía, mucho fueron espantados, é luego fué entre ellos hecho gran ruido, diciendo á altas voces: «Armas, armas, que extraña gente viene.» E luego se armaron muy presto, é pu-

sieron los ballesteros, que muy buenos traian, donde habian de estar, é la otra gente é Brondajel de Roca, con muchos é buenos caballeros de la corte del Emperador, estaba en la nave donde Oriana era, é donde posieran la seña que ya oistes del Emperador.

A esta sazón se juntaron los unos é otros, é Agrájes é don Cuadrágante se juntaron á la nave de Salustanquidio, donde la hermosa Olinda llevaban, é començáronse de herir muy bravamente; é don Florestan é Gavarte de Val Temeroso, que por medio de las flotas entraron, firieron en las naves que iban el duque d'Ancona y el arzobispo de Talancia, que gran gente tenían de sus vasallos, que muy armados é recios eran; así que, la batalla era fuerte entre ellos; é Amadís hizo enderezar su flota á la que la seña del Emperador llevaba, é mandó á los suyos que lo aguardasen, é poniendo la mano en el hombro de Angriote, le dijo así: «Señor Angriote, mi buen amigo, miémbreseos la gran lealtad que siempre hobistes é teneis á los vuestros amigos; punad de me ayudar esforzadamente en este fecho, si Dios quiere que lo yo con bien acabe, aquí acabaré é á mi honra é toda mi buena ventura cumplidamente, é no vos partais de mí en tanto que podiédes.» El le dijo: «Mi señor, no puedo mas hacer sino perder la vida en vuestro favor é ayuda porque vuestra honra sea guardada, é Dios sea por vos.» Luego fueron juntas las naves; grande era allí el ferir de saetas, é piedras, é lanzas de la una é de la otra parte, que no parecia sino que llovía; tan espesas andaban; é Amadís no entendia con los suyos en al sino en juntar su fusta con la de los contrarios, mas no podian; que ellos, aunque muchos mas eran, no se osaban llegar, viendo cuán denodadamente eran acometidos; é defendíanse con grandes garfios de hierro, é otras armas muchas de diversas guisas. Entonces Tantalís (1) de Sobradisa, mayordomo de la reina Briolanja, que en el castillo estaba, como vió que la voluntad de Amadís no podía haber efecto, mandó traer una áncora muy gruesa é pesada, trabada á una fuerte cadena, é desde el castillo lanzáronla en la nave de los enemigos, é así él como otros muchos que le ayudaban tiraron tan fuerte por ella, que por gran fuerza hicieron juntar las naves una con otra; así que, no se podian partir en ninguna manera si la cadena no quebrase. Cuando Amadís esto vió pasó por toda la gente con gran afán, que estaban muy apretados; é por la via que él entraba iban tras él Angriote é don Bruneo; é como llegó en los delanteros, puso el un pié en el borde de su nave, é saltó en la otra, que nunca los contrarios quitar ni estorbar lo podieron; é como el salto era grande, y él iba con gran furia, cayó de rodillas, é allí le dieron muchos golpes; pero él se levantó, mal su grado de que le herian tan malamente, é puso mano á la su buena espada ardiente, é vió cómo Angriote é don Bruneo habian con él entrado, y herian á los enemigos de muy fuertes é duros golpes, diciendo á grandes voces: «Gaula, Gaula; que aquí es Amadís;» que así gelo rogara él que lo dijese, si la nave podiesen tomar.

Mabilia, que en la cámara encerrada estaba con Oriana, que oyó el ruido é las voces, é despues aquel

(1) Parece el mismo que en la pág. 171 es llamado Tantiñes.

apellido, tomó á Oriana por los brazos, que mas muerta que viva estaba, é dijole: «Esforzad, Señora, que socorrida sois de aquel bienaventurado caballero vuestro vasallo é leal amigo.» Y ella se levantó en pié, preguntando qué sería aquello; que del llorar estaba desvanecida, que no oía ninguna cosa, é la vista de los ojos casi perdida. Et despues que Amadís se levantó é puso mano á la su espada, é vió las maravillas que Angriote é don Bruneo facian, é cómo los otros de su nave se metian de rendon con ellos, fué con su espada en la mano contra Brondajel de Roca, que delante sí falló, é dióle por cima del yelmo tan fuerte golpe, que dió con él tendido á sus pies, é si el yelmo tal no fuera, hiciera la cabeza dos partes, é no pasó adelante, porque vió que los contrarios eran rendidos é demandaban merced; é como vió las armas muy ricas que Brondajel tenia, bien cuidó que aquel era al que los otros aguardaban, é quitándole el yelmo de la cabeza, dábale con la manzana del espada en el rostro, preguntándole dónde estaba Oriana, y él le mostró la cámara de los candados, diciendo que allí la había. Amadís se fué apriesa contra allá, é llamó á Angriote é á don Bruneo, é con la gran fuerza que de consuno posieron, derribaron la puerta y entraron dentro, é vieron á Oriana é á Mabilia, é Amadís fué fincar los hinojos ante ella por le besar las manos, mas ella lo abrazó, é tomóle por la manga de la loriga, que toda era tinta de sangre de los enemigos. «¡Ay Amadís! dijo ella, lumbre de todas las cuitadas, agora parecerá vuestra gran bondad en haber socorrido á mí é á estas infantas, que en tanta amargura é tribulación puestas éramos, é por todas las tierras del mundo será sabido y ensalzado vuestro loor.» Mabilia estaba de hinojos ante él é teniale por la falda de la loriga, que teniendo él los ojos en su señora, no la habia visto; mas como la vió, levantóla, é abrazándola con mucho amor, le dijo: «Mi señora é mi prima, mucho vos he deseado.» E quisose partir dellas por ver lo que se facia; mas Oriana le tomó por la mano é dijo: «Por Dios, Señor, no me desampareis.—Señora, dijo él, no temais; que dentro en esta fusta está Angriote de Estrayaus é don Bruneo é Gandáles con treinta caballeros que os aguardarán, é yo iré á acorrer á los nuestros, que muy gran batalla han.» Entonces salió Amadís de la cámara, é vió á Landin de Fajarque, que habia combatido los que en el castillo estaban é se le habian dado, é mandó que, pues á prision se daban, que no matasen ninguno; é luego se pasó á una muy hermosa galea, en que estaban Enil é Gandalin con hasta cuarenta caballeros de la insola Firme, é mandóla guiar contra aquella parte que oía el apellido de Agrájes, que se combatía con los de la gran nave de Salustanquidio; é cuando él llegó vió que la habian entrado, é llegóse con su galea fasta el borde por entrar en la nao, y el que le ayudó fué don Cuadrágante, que ya dentro estaba, é la priesa y el ruido era muy grande, que Agrájes é los de su compañía los andaban firiendo é matando muy cruelmente.

Mas desde á Amadís vieron, los romanos saltaban en los bateles, é otros en el agua, é dellos morian, é otros se pasaban á las otras naves que aun no eran perdidas. Mas Amadís iba todavía adelante por entre

la gente, preguntando por Agrájes, su primo, é hallólo, é vió que tenia á sus piés Salustanquidio, que le diera una gran herida en un brazo, é pediale merced; mas Agrájes, que de antes sabia cómo amaba Olinda, no dejaba de lo herir é allegarlo á la muerte, como aquel que mucho desamaba, é don Cuadrágante le decia que no lo matase, que buen preso ternia en él. Mas Amadís le dijo riendo: «Señor don Cuadrágante, dejad á Agrájes cumpla su voluntad; que si dende lo partimos, todos somos muertos cuantos de nos hallare, que no dejará hombre á vida.»

Pero en estas razones la cabeza de Salustanquidio fué cortada, é la nave libre de todos, é los pendones de Agrájes é de don Cuadrágante puestos encima de los castillos, é ambos muy bien guardados de muy buenos caballeros é muy esforzados. Esto fecho, Agrájes se fué luego á la cámara donde le dijeron que estaba Olinda, su señora, que demandaba por él; é Amadís, é don Cuadrágante, é Landin, é Listoran de la Torre Blanca, todos juntos, fueron á ver cómo le iba á don Florestan é á los que le aguardaban, é luego entraron en la galea que allí Amadís trajera, é luego encontraron otra galea de las de don Florestan, en que venia un caballero, su pariente de parte de su madre, que habia nombre Isanes, é díjole: «Señores, don Florestan é Gavarte de Val Temeroso vos hacen saber cómo han muerto é preso todos los de aquellas fustas, é tienen al duque (1) de Anconé al arzobispo de Talancia.» Amadís, que dello mucho placer hobo, envióles decir que juntasen su galea con la que él habia tomado, donde estaba Oriana, y que allí habia consejo de lo que ficiesen. Entonces miraron á todas partes, é vieron que la flota de los romanos era destrozada, que ninguno dellos se pudo salvar, aunque lo probaron en algunos bateles; mas luego fueron alcanzados é tomados de forma, que no quedó quien la nueva pudiese llevar, é fuéronse derechamente á la nave de Oriana, é allí era preso Brondajel de Roca. Entrados dentro, desarmaron las cabezas é las manos, é laváronse de la sangre é sudor, é Amadís preguntó por don Florestan, que no le veía allí. Landin de Fajarque le dijo: «Está con la reina Sardamira en su cámara, que á altas voces demandaba por él, diciendo que gelo llamasen prestamente, que él sería su ayudador; y ella está ante los piés de Oriana, pidiéndole merced que no la dejase matar ni deshonorar.» Amadís se fué allá, é preguntó por la reina Sardamira, é Mabilia gela mostró, que estaba con ella abrazada, é don Florestan la tenia por la mano, é fué ante ella muy homildoso, é quisole besar las manos, y ella las tiró á sí é dijole: «Buena señora, no temais nada, que teniendo á vuestro servicio é mandado á don Florestan, á quien todos aguardamos é seguimos, todo se fará á vuestra voluntad, dejando aparte nuestro deseo, que es servir é honrar todas las mujeres, á cada una segun su merecimiento; é como vos, buena señora, entre todas muy señalada y extremada seais, así extremadamente es razon que mucho se mire vuestro contentamiento.» La Reina dijo contra don Florestan: «Decidme, buen señor, ¿quién es este caballero tan mesurado é tan vuestro amigo?—Señora, dijo él, es Amadís, mi

(1) En la pág. 249, marqués.

señor é mi hermano, con quien aquí todos somos en este socorro de Oriana.»

Cuando ella esto oyó levantóse á él con gran placer é dijo: «Buen señor Amadís, si vos no recibí como debía, no me culpeis, que ei no tener conocimiento de vos fué la causa, é mucho agradezco á Dios que en esta tanta tribulación me haya puesto en la vuestra medida, y en la guarda é mamparo de don Florestan.» Amadís la tomó por la otra mano, é lleváronla al estrado de Oriana, é allí la hicieron sentar, y él se asentó con Mabilia, su prima, que mucho deseo tenía de la hablar; mas en todo esto la reina Sardamira, como quiera que sopiese ser la flota de los romanos vencida é destrozada, é la gente muchos muertos é otros presos, aun no habia venido á su noticia la muerte del príncipe Salustanquidio, á quien ella de bueno y leal amor mucho amaba, é tenía por el mas principal é grande de todos los del señorío de Roma, ni lo sopo de su gran pieza. Estando así sentados como ois, Oriana dijo á la reina Sardamira: «Reina, señora, hasta aquí fui yo enojada de vuestras palabras que al comienzo me dejistes, porque eran dichas sobre cosa que tan aborrecida tenía; mas conociendo cómo vos dellas partistes, é la medida é cortesía vuestra en todo lo otro que por vos pasa, dígoos que siempre os amaré é honraré é acataré de todo corazón, porque á lo que á mí pesaba érades constreñida, sin poder hacer otra cosa, é lo que me daba contentamiento manaba é sucedía de vuestra noble condición é propia virtud.—Señora, dijo ella, pues que tal es vuestro conocimiento, excusado será hacer yo dello mas salva.» En esto hablando, llegó Agrájes con Olinda é las doncellas que con ellas se habian apartado. Cuando Oriana la vió levantóse á ella, é abrazábala como si mucho tiempo pasara que no la viera, y ella le besaba las manos; é volviéndose á Agrájes, lo abrazó con gran amor, é así recibió á todos los caballeros que con él venían, é dijo contra Gavarte de Val Temeroso: «Mi amigo Gavarte, bien vos lo quitastes de la promesa que me distes, é como vos lo yo agradezco y el deseo que tengo de lo galardonar el Señor del mundo lo sabe.—Señora, dijo él, yo he hecho lo que debía, como vuestro vasallo que soy; é vos, señora, como mi señora natural, cuando tiempo fuere, acuérdeseos de mí, que siempre seré en vuestro servicio.» A esta sazón eran allí juntos todos los mas honrados caballeros de aquella compañía, los cuales á un cabo de la nao se apartaron por hablar qué consejo tomarían, é Oriana llamó á Amadís á un cabo del estrado, é muy paso le dijo: «Mi verdadero amigo, yo vos ruego é mando por aquel verdadero amor que me tenéis, que agora mas que nunca se guarde el secreto de nuestros amores, é no fableis conmigo apartadamente, sino ante todos, é lo que vos pluguiere decirme secreto fablado con Mabilia, é punad cómo de aquí nos llevéis á la ínsola Firme, porque estando en lugar seguro, Dios proveerá en mis cosas, como él sabe que tengo la justicia.—Señora, dijo Amadís, yo no vivo sino en esperanza de vos servir, é si esta me faltase, faltarme-hi-a la vida, é como lo mandais se fará; y en esta ida de la ínsola bien será que con Mabilia lo enviéis á de-

cir á estos caballeros, porque parezca que mas de vuestra gana é voluntad que de la mia procede.—Así lo faré, dijo ella, é bien me parece; agora vos id, dijo, á aquellos caballeros.» Amadís así lo hizo, é fablaron en lo que adelante se debe hacer. Mas como eran muchos, los acuerdos eran diversos; que á los unos parecía que debían llevar á Oriana á la ínsola Firme, otros á Gaula é otros á Escocia, á la tierra de Agrájes; así que, no se acordaban.

En esto llegó la infanta Mabilia, é cuatro doncellas con ella. Todos la recibieron muy bien é la posieron entre sí, y ella les dijo: «Señores, Oriana vos ruega por vuestras bondades é por el amor que en este socorro le habeis mostrado que la lleveis á la ínsola Firme, que allí quiere estar fasta que sea en el amor de su padre é madre; é ruégaos, señores, que á tan buen comienzo deis el cabo, mirando su gran fortuna é fuerza que se le hace, é fagais por ella lo que por las otras doncellas hacer soleis, que no son de tan alta guisa.—Mi buena señora, dijo don Cuadragante, el bueno é muy esforzado de Amadís é todos los caballeros que en su socorro hemos sido estamos de voluntad de le servir fasta la muerte, así con vuestras personas como con las de nuestros parientes é amigos, que mucho pueden é muchos serán, é todos serémos juntos en su defensa contra su padre é contra el emperador de Roma, si á la razón é justicia no se allegaren con ella; é decilde que si Dios quisiere, que así como dicho tengo se hará sin falta, é así lo tenga firme en su pensamiento, é ayudándonos Dios, por nosotros no faltará; et si con deliberación y esfuerzo este servicio se le ha fecho, que así con otro mayor é mejor acuerdo será por nos sostenido fasta que su seguridad é vuestras honras satisfechas sean.»

Todos aquellos caballeros tovieron por bien aquello que don Cuadragante respondió, é con mucho esfuerzo otorgaron que desta demanda nunca serian partidos fasta que Oriana en su libertad é señoríos restituida fuese, siendo cierta y segura de los haber, si ella mas que su padre é madre la vida poseyese. La infanta Mabilia se despidió dellos y se fué á Oriana, é por ella sabida la respuesta y recaudo que de su mensaje le traía, fué muy consolada, creyendo que la permission del justo Juez lo guiaría de forma que la fin fuese la que ella deseaba. Con este acuerdo se fueron aquellos caballeros á sus naves por mandar poner reparo en los presos y despojo, que muchos eran; y dejaron con Oriana todas sus doncellas, é á la reina Sardamira con las suyas; é á don Bruneo de Bonamar, é Landin de Fajarque, é á don Gordan (1), hermano de Angriote de Estravaus, é á Sarquilles, su sobrino, é Orlandin, hijo del conde de Irlanda, é á Enil, que andaba llagado de tres llagas, las cuales él encobria como aquel que era esforzado é sofridor de todo afán. A estos caballeros fué encomendada la guarda de Oriana é de aquellas señoras de gran guisa que con ella eran, y que se no partiesen della fasta que en la ínsola Firme puestas fuesen, donde tenían acordado de las llevar.

(1) Quizá el mismo llamado Grovadan á la pág. 498.

SUMARIO DEL CUARTO LIBRO DEL VENTUROSO CABALLERO AMADÍS DE GAULA,

EN QUE TRATA

DE SUS PROEZAS É GRANDES FECHOS EN ARMAS QUE ÉL É OTROS CABALLEROS DE SU LINAJE FICIERON (1).

CAPITULO PRIMERO.

Del grande duelo que hizo la reina Sardamira por la muerte del príncipe Salustanquidio.

Contado vos ha la parte tercera desta gran historia, en el fin é cabo della, cómo el rey Lisuarte, contra la voluntad de todos los grandes y pequeños de sus reinos é de otros muchos que su servicio deseaban, entregó á los romanos á su hija Oriana para la casa del Patin, emperador de Roma, é cómo fué Amadís é sus compañeros, que en la ínsola Firme juntos se fallaron, en la mar tomada é muerto el príncipe Salustanquidio, é presos Brondajel de Roca, mayordomo mayor del Emperador, y el duque de Ancona y el arzobispo de Talancia, é otros muchos de los suyos muertos, y presa y destrozada toda la flota en que la llevaban; é agora vos diremos lo que desto sucedió. Sabeis que, vencida esta gran batalla, Amadís con otros caballeros de su parte, dejando á Oriana é á la reina Sardamira é á todas las otras dueñas é doncellas que con

(1) Aquí la edición de Venecia del año 1533 trae un largo epígrafe, añadido por Francisco Delicado, natural de la Peña de Martos y vicario del valle de la Cabeznela, que fué el corrector de la impresión. Dice así: «En el qual libro cuarto os serán contadas cosas muy sabrosas de leer y entender, con un orden muy maravilloso y muy deleitoso á los lectores, que con su dulce estilo los incitará á leerlo y tornarle á leer. Enseña asimismo á los caballeros el verdadero arte de caballería, á los mancebos á seguirla, á los ancianos á defenderla. Otrosí aquí está encerrado el arte del derecho amor, la lealtad y cortesía que con las damas se ha de usar, las defensas y derechos que á las dueñas los caballeros les deben de razón, las fatigas y trabajos que por las doncellas se han de pasar; así que, cuanto los caballeros y hombres buenos, condes, duques y marqueses, reyes, soldanes y emperadores deben ser obligados á las mujeres. Aquí, por enjemplo, el muy sabido componedor de la sobredicha historia lo enseña, el qual maravillosamente cada cosa en su lugar y á tiempo contó. Y destas tales historias no se notan salvo el arte del componer y aplicar las semejantes cosas á las virtudes, que esto es lo que de aquí se ha de sacar; conviene á saber: tomar por enjemplo el modo, la virtud y bondad que de Amadís se cuenta, y de los otros muy valientes caballeros, para por aquel camino seguir; y si lo que de los sobredichos no fué verdad, hacer cada uno que lo que él hiciere sea verdadero por dar ocasion á los coronistas que dél puedan escribir el verdadero efeto, porque digo yo, á mi parecer, que la historia de Amadís puede ser apropiada á todo buen caballero, porque dice el sagrado Evangelio que no quien hiciere la ley, sino quien la ficiere y la enseñare á hacer. ¡Oh glorioso dicho, especialmente para los caballeros de quien aquí se trata! Porque el arte de la caballería es muy alto, y el altísimo y soberano Señor la constituyó para que fuese guardada la justicia y la paz entre los hijos de los hombres, y para conservar la verdad, y dar á cada uno lo suyo con derecho. Así que, todos estos frutos sacarás de esta tan alta historia, la qual el Delicado, que fué corrector de la impresión, tanto le pareció divina como humana, por ser con tanta razón ordenada.

LC.

ella estaban en su nao, é ciertos caballeros que las guardasen, entraron en otra nave é fueron á mandar poner recaudo en la flota de los romanos y en el despojo, que muy grande era, é los presos, que, demás de ser muchos, la mayor parte eran de gran valor; que tales convenia enviar en semejante embajada. Y llegados á la fusta donde el príncipe Salustanquidio muerto estaba, oyeron grandes voces é llantos, é sabida la causa dello, era, que los suyos, así caballeros como otra gente, estaban á rededor dél, haciendo el mayor duelo del mundo, contando sus bondades é grandeza; así que, los de Agrájes, que la fusta ocupada tenían, no los podían quitar ni apartar de allí. Amadís mandó que á otra nave los pasasen, porque cesase el duelo que hacian, é mandó poner el cuerpo de Salustanquidio en una arca para le hacer dar la sepultura que á tal señor convenia, como quiera que enemigo fuese, pues que como bueno moriera en servicio de su señor; y esta fué la causa que así dél como de los otros que vivos quedaron hobieron compasión, mandando expresamente que la vida les fuese dada; lo cual en los virtuosos caballeros acaecer debe, que apartada la ira é la saña, la razón quedando libre de conocimiento al juicio que siga la virtud. El murmullo de este llanto fué tan grande, que la nueva llegó á la nao donde Oriana estaba, como aquella gente hacian aquel duelo por aquel príncipe, de guisa que por la reina Sardamira fué sabido; aunque hasta entonces sopiese, é por sus ojos hobiese visto ser toda la flota de su parte destruida, é muchos muertos y presos, no habia llegado á su noticia la muerte de aquel caballero. E como lo oyó, salió, con el gran pesar, de todo su sentido, é olvidando el miedo é gran temor que fasta allí toviera, deseando mas la muerte que la vida, con mucha pasión y gran alteración, torciendo sus manos una con otra, llorando muy fuertemente, se dejó caer en el suelo, diciendo estas palabras: «¡Oh príncipe generoso, de muy alto linaje, luz y espejo de todo el imperio romano! ¡qué dolor y pesar será la tu muerte á muchos é muchas que te amaban y servían, y de tí esperaban grandes bienes y mercedes! Oh qué nueva tan dolorida será para ellos cuando sopieren la tu malaventurada y desastrada fin! Oh gran emperador de Roma, qué angustia y dolor habrás en saber la muerte deste príncipe, tu primo, á quien tanto tú amabas y le tenias como un fuerte escudo de tu imperio, é la destrucción de tu flota, con muertes tan amancilladas de tus nobles caballeros! E sobre todo, haberte tomado por fuerza de armas en tan gran deshonra tuya la cosa en

18